

Leer la Biblia 1

¿Sabes leer la Biblia?

Rebeca Reynaud

La palabra “Biblia” viene del griego y significa “libros”. Es el conjunto de Libros Sagrados llamados también “Sagradas Escrituras” que contienen la Palabra viva de Dios y narran la Historia de Salvación”. Nos revela las verdades necesarias para conocerle, amarle y servirle.

La Biblia se divide en dos partes: Antiguo Testamento (antes de Cristo) y Nuevo Testamento (plenitud de la promesa en Cristo). “Testamento” significa “alianza” y se refiere a las alianzas que Dios pactó con los Israelitas, en el Antiguo Testamento, y la nueva y definitiva alianza que Dios hizo con los hombres a través de Jesucristo.

Decimos que es revelación de Dios porque revelación significa darse a conocer. A través de todas las palabras de la Sagrada Escritura, Dios dice una sola palabra, su Verbo (Jesucristo).

¿Quién escribió la Biblia?

La Biblia es la Palabra de Dios, su autor es Dios que escribe por medio de los autores humanos (hagiógrafos). Muchos de los libros llevan el nombre del hagiógrafo, otros, no.

¿Cuándo se escribió la Biblia?

Fue un largo proceso que comenzó unos 1300 años antes de Jesucristo. El último escritor fue San Juan, del año 100 aproximadamente.

Libros que nos revelan la vida y enseñanzas de Jesús

La vida y enseñanzas de Jesús fueron transmitidas por los Apóstoles por medio de dos vías:

- Por la Tradición que recoge el mensaje comunicado primero oralmente. La Tradición la forman, entre otros, los Padres de la Iglesia.
- Conocemos a Jesucristo por el Nuevo Testamento procedentes de los Apóstoles. Dentro de esos libros, los evangelios ocupan el lugar preeminente. San Justino mártir les llama «recuerdos de los Apóstoles» o «Evangelios» (*Apología* I, 66,3). Los años del primer siglo se corresponden genéricamente con los tres momentos que hay que atender en la formación de los evangelios: vida de Jesús (1-30), predicación apostólica (30-60) y composición de los Evangelios (años 60-90).

La Iglesia nos anima a leer la Biblia

La Iglesia no cesa de presentar a los fieles el Pan de vida que se distribuye en la mesa de la Palabra de Dios y del Cuerpo de Cristo. En la Sagrada Escritura, la Iglesia encuentra sin cesar su alimento y fuerza, porque, en ella, no recibe solamente una palabra humana, sino lo que es realmente: la Palabra de Dios (Tesalonicenses 2,13). En los libros sagrados, el Padre que está en el cielo sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos. Es tan grande el poder y la fuerza de la palabra de Dios, que constituye sustento y vigor de la Iglesia, y firmeza de fe.

Los evangelios

Si nos preguntaran qué son los evangelios probablemente tendríamos que decir: una historia de Jesús que me dice también cómo debe ser la mía. Los evangelios nos hablan de Cristo como el Dios vivo y presente, el Dios que nos ama y sana a través del dolor. Jesús no llama a seguir la Ley, sino a sí mismo; es decir, estamos llamados a vivir el Evangelio con el poder y la ayuda del Espíritu Santo. Así hicieron los santos, y todos estamos llamados por Dios a ser santos.

Las perícopas de la Escritura

El texto de la Biblia está dividido en perícopas o pasajes, que comprenden diversos versículos. A cada una de estas perícopas les precede un título, por ejemplo “Genealogía de Jesús” (Mateo 1,1).

Jesús le dice a sus discípulos que han de ser sal y luz. La sal simboliza la alianza, la paz (Lv 2,13; 2 Cr 13,5) y la pureza (2 R 2,20-21; Ez 16,4), pero la frase de Cristo señala también la pertenencia del discípulo al mundo y al mismo tiempo su distintividad (Mt 5,13). Estas imágenes señalan a los discípulos en su calidad de Nuevo Pueblo.

En una parábola, cuando el hijo pródigo regresa, su padre le da el mejor vestido, el anillo y el banquete de fiesta, que son símbolos de una vida nueva, pura, digna, llena de alegría que es la vida del hombre que vuelve a Dios y al seno de su familia, que es la Iglesia. Sólo el corazón de *Cristo*, que *conoce las profundidades del amor de su Padre*, pudo *revelarnos el abismo de su misericordia* de una manera tan llena de simplicidad y de belleza» (CEC, 1439).

El tercer Evangelio, el de San Lucas, nos presenta a la Madre de Cristo con una luz peculiar, desvelando con exquisita delicadeza rasgos de la grandeza y hermosura del alma de Santa María. Ningún personaje de la historia evangélica —fuera naturalmente de Jesús— es descrito con tanto amor y admiración como Santa María. Probablemente por estas circunstancias se consideró a San Lucas como pintor de la Virgen. Si leemos el Evangelio de seguido vemos que ninguna criatura humana ha recibido gracias tan altas y singulares como María: es la «llena de gracia»; el Señor está con ella; ha hallado gracia ante Dios; concibió por obra y gracia del Espíritu Santo, y fue Madre de Jesús, sin dejar de ser Virgen; íntimamente unida al misterio redentor de la Cruz, será bendecida por todas las generaciones, pues el Todopoderoso hizo en Ella grandes cosas.

Scott Hahn, teólogo norteamericano convertido al catolicismo, cuenta que un amigo protestante le decía:

—“Los católicos adoran a María”.

Él contestó:

—“No la adoran, la veneran”.

Respondió el amigo:

—Eso no tiene base bíblica.

—Entonces, ¿por qué se lee en el Evangelio: “por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas las generaciones” (Lucas 1, 48).